

Marvin Harris

Vacas, cerdos,  
guerras y brujas  
Los enigmas de la cultura



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Cows, Pigs, Wars and Witches:  
The Riddles of Culture*. Publicado por acuerdo de  
Random House, Inc.  
Traducción de: Juan Oliver Sánchez-Fernández

Primera edición: 1980  
Tercera edición: 2011  
Sexta reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Marvin Harris  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-206-7439-1  
Depósito legal: B. 42.358-2010  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Prefacio
- 13 Prólogo
  
- 19 La madre vaca
- 46 Porcofilia y porcofobia
- 73 La guerra primitiva
- 97 El macho salvaje
- 126 El *potlatch*
- 150 El *cargo* fantasma
- 173 Mesías
- 196 El secreto del Príncipe de la Paz
- 225 Escobas y aquelarres
- 242 La gran locura de las brujas
- 277 Epílogo
  
- 285 Bibliografía



# Prefacio

Había acabado precisamente de intentar convencer a una clase de estudiantes de que existía una explicación racional del tabú hindú sobre el sacrificio de las vacas. Estaba seguro de haber salido al paso de todas las objeciones imaginables. Rebotante de confianza, pregunté si alguien quería formular alguna pregunta. Un joven agitado levantó su mano. «Pero, ¿qué opina del tabú judío sobre la carne de cerdo?»

Unos meses más tarde emprendí una investigación que pretendía explicar por qué los judíos y musulmanes aborrecen la carne de cerdo. Tardé cerca de un año antes de disponerme a poner a prueba mis ideas ante un grupo de colegas. Tan pronto como dejé de hablar, un amigo mío, experto en los indios de Sudamérica, dijo: «Pero, ¿qué opina del tabú de los tapirapé sobre la carne de venado?».

Y lo mismo sucedió con cada uno de los enigmas para los que he intentado encontrar una explicación práctica.

Tan pronto como acabo de explicar un estilo de vida o una costumbre previamente inescrutable, alguien contraataca con otra:

–Bien, quizás esto vale para el *potlatch* entre los kwa-kiutl, pero, ¿cómo explica la guerra entre los yanomamo?

–Creo que puede existir un déficit de proteínas...

–Pero, ¿qué opina de los cultos *cargo* en las Nuevas Hébridas?

Las explicaciones de los estilos de vida son como las patatas fritas. La gente insiste en comérselas hasta acabar con toda la bolsa.

Ésta es una de las razones por las que este libro pasa de un tema a otro. Desde la India hasta el Amazonas, y desde Jesús hasta Carlos Castaneda. Pero persisten algunas diferencias en comparación con la bolsa de patatas fritas. En primer lugar, aconsejo no arrancar en el primer lugar que se os antoje. Mi explicación de las brujas depende de la explicación de los mesías, y ésta de la explicación de los «grandes hombres», que a su vez depende de la explicación del sexismo, la cual depende de la explicación del amor a los cerdos, que depende de la explicación del aborrecimiento de los cerdos, que a su vez depende de la explicación del amor a las vacas. No se trata de que el mundo empezara con el amor a las vacas, sino que en mi propio intento por comprender las causas de los estilos de vida, es por lo que he empezado... Así que, por favor, no tratéis de empezar al azar.

Es importante que los capítulos de este libro se consideren como fundados unos en otros y con un efecto acumulativo. De lo contrario, no tendré ninguna defensa

contra la paliza que seguramente querrán propinarme los expertos en una docena de campos y disciplinas. Respeto a los expertos y quiero aprender de ellos. Pero pueden ser tanto un estorbo como una ventaja si hay que depender de varios de ellos a la vez. ¿Habéis intentado alguna vez preguntar a un especialista en hinduismo sobre el amor a los cerdos en Nueva Guinea, o a una autoridad en Nueva Guinea sobre el aborrecimiento de los cerdos entre los judíos, o a un experto en judaísmo sobre los mesías en Nueva Guinea? (Es propio de la bestia ansiar una sola patata frita para toda su vida.)

Mi justificación para aventurarme a través de disciplinas, continentes y siglos es que el mundo se extiende a través de disciplinas, continentes y siglos. Nada hay en la naturaleza tan completamente diferente como dos conjuntos de juicios de expertos.

Respeto la obra de los estudiosos individuales que amplían y perfeccionan pacientemente sus conocimientos de un solo siglo, tribu o personalidad, pero pienso que estos esfuerzos deben ser más sensibles a los problemas de ámbito general y comparativo. La incapacidad manifiesta de nuestro superespecializado *establishment* científico para decir algo coherente sobre las causas de los estilos de vida no tiene su origen en ninguna anarquía intrínseca de los fenómenos de los estilos de vida. Más bien creo que es el resultado de otorgar recompensas como premio a especialistas que nunca amenazan un hecho con una teoría. Una relación proporcional como la que existe desde hace algún tiempo entre la magnitud de la investigación social y la profundidad de la confusión social sólo puede significar una cosa: la función social

global de toda esa investigación es impedir que la gente comprenda las causas de su vida social.

Las autoridades del *establishment* del saber insisten en que este estado de confusión se debe a una falta de estudios. Pronto se celebrará un seminario en el cielo basado en diez mil nuevos viajes de campo. Pero sabremos menos, no más, si estos estudios se hacen con la suya. Sin una estrategia que pretenda llenar el vacío entre las especialidades y organizar los conocimientos existentes siguiendo líneas teóricamente coherentes, la investigación adicional no conducirá a una mejor comprensión de las causas de los estilos de vida. Si buscamos realmente explicaciones causales, debemos tener al menos alguna idea aproximada de hacia dónde debemos mirar entre los hechos potencialmente inagotables de la naturaleza y la cultura. Espero que algún día se descubrirá que mi propia obra ha contribuido al desarrollo de esta estrategia, mostrando a dónde mirar.

# Prólogo

Este libro trata de las causas de estilos de vida aparentemente irracionales e inexplicables. Algunas de estas costumbres enigmáticas aparecen entre pueblos sin escritura o «primitivos»: por ejemplo, los jactanciosos jefes amerindios que queman sus bienes para mostrar cuan ricos son. Otras pertenecen a sociedades en vías de desarrollo, entre las cuales mi tema predilecto es el de los hindúes que rehúsan comer carne de vaca aun cuando se estén muriendo de hambre. Sin embargo, otras aluden a mesías y brujas que forman parte de la corriente principal de nuestra propia civilización. Para confirmar mi punto de vista, he elegido deliberadamente casos raros y controvertidos que parecen enigmas insolubles.

Nuestra época afirma ser víctima de una sobredosis de intelecto. Con un espíritu vengativo, los estudiosos trabajan afanosamente en intentar mostrar que la ciencia y la razón no pueden explicar variaciones en los estilos de

vida humanos. Y así, se ha puesto de moda insistir en que los enigmas examinados en los capítulos que siguen no tienen ninguna solución. Quien preparó el terreno para gran parte de este pensamiento actual sobre los enigmas de los estilos de vida fue Ruth Benedict con su libro *Patterns of Culture*. Para explicar las sorprendentes diferencias entre las culturas de los kwakiutl, los dobuanos y los zuñi, Benedict recurrió a un mito que atribuyó a los indios digger. El mito decía: «Dios otorgó a cada pueblo una taza, una taza de arcilla, y de esta taza bebieron su vida... Todos hundían las tazas en el agua, pero cada taza era diferente». Desde entonces esto ha significado para mucha gente que sólo Dios sabe por qué los kwakiutl queman sus casas, por qué los hindúes se abstienen de comer carne de vaca, los judíos y musulmanes aborrecen la carne de cerdo, o por qué algunas gentes creen en mesías mientras otras creen en brujas. El efecto práctico a largo plazo de esta sugerencia ha sido desalentar la búsqueda de otro tipo de explicaciones. Pero una cosa está clara: si pensamos que un enigma no tiene una respuesta, nunca la encontraremos.

Para explicar pautas culturales diferentes tenemos que empezar suponiendo que la vida humana no es simplemente azarosa o caprichosa. Sin este supuesto, pronto se vuelve irresistible la tentación de renunciar a la tarea cuando afrontamos una costumbre o una institución que persiste en su carácter inescrutable. Con los años he descubierto que los estilos de vida que otros consideraban como totalmente inescrutables tenían en realidad causas definidas y fácilmente inteligibles. La principal razón por la que se han pasado por alto estas causas durante

tanto tiempo es la de que todo el mundo está convencido de que «sólo Dios conoce la respuesta».

Otra razón por la que muchas costumbres e instituciones parecen tan misteriosas estriba en que se nos ha enseñado a valorar explicaciones «espiritualizadas» de los fenómenos culturales en vez de explicaciones materiales de tipo práctico. Sostengo que la solución de cada uno de los enigmas examinados en este libro radica en una mejor comprensión de las circunstancias prácticas. Y mostraré que un estudio más minucioso de las creencias y prácticas que parecen más raras revela que éstas se hallan fundadas en condiciones, necesidades y actividades ordinarias, triviales, podríamos decir «vulgares». Entiendo por solución trivial o vulgar la que se apoya en la tierra y está integrada por tripas, sexo, energía, viento, lluvia y otros fenómenos palpables y ordinarios.

Esto no significa que las soluciones que vamos a presentar sean en cierto sentido simples o evidentes. Ni mucho menos. La identificación de los factores materiales pertinentes en los acontecimientos humanos es siempre una tarea difícil. La vida práctica utiliza muchos disfraces. Cada estilo de vida se halla arropado en mitos y leyendas que prestan atención a condiciones sobrenaturales o poco prácticas. Estos arropamientos confieren a la gente una identidad social y un sentido de finalidad social, pero ocultan las verdades desnudas de la vida social. Los engaños sobre las causas mundanas de la cultura pesan sobre la conciencia ordinaria como láminas de plomo. Nunca es una tarea fácil evitar, penetrar o levantar esta carga opresora.

En una época ávida por experimentar estados de conciencia alterados, fuera de lo corriente, tendemos a pasar

por alto hasta qué punto nuestro estado mental ordinario es ya una conciencia profundamente mistificada –una conciencia aislada de un modo sorprendente de los hechos prácticos de la vida–. ¿A qué obedece esto?

En primer lugar a la ignorancia. La mayor parte de la gente sólo es consciente de una pequeña parte de la diversidad de alternativas que hay en los estilos de vida. Si queremos pasar del mito y la leyenda a la conciencia madura, tenemos que comparar toda la variedad de culturas pasadas y presentes. En segundo lugar al miedo. Ante sucesos como el envejecimiento y la muerte, la conciencia falsa puede ser la única defensa eficaz. Y finalmente al conflicto. En la vida social ordinaria algunas personas siempre controlan o explotan a otras; estas desigualdades se presentan tan disfrazadas, mistificadas y falseadas como la vejez y la muerte.

La ignorancia, el miedo y el conflicto son los elementos básicos de la conciencia cotidiana. El arte y la política elaboran con estos elementos una construcción onírica colectiva cuya función es impedir que la gente comprenda lo que es su vida social. Por consiguiente, la conciencia cotidiana no puede explicarse a sí misma. Su misma existencia depende de una capacidad desarrollada para negar los hechos que explican su existencia. No esperamos que los soñadores expliquen sus sueños; tampoco debemos, pues, esperar que los participantes en los estilos de vida expliquen sus estilos de vida.

Algunos antropólogos e historiadores adoptan el punto de vista opuesto. Argumentan que la explicación de los propios protagonistas constituye una realidad irreductible. Nos advierten que no debemos tratar jamás la

conciencia humana como un «objeto», y que el marco científico adecuado para el estudio de la física o de la química no es pertinente para el estudio de los estilos de vida. Algunos profetas de la moderna «contracultura» sostienen incluso que la excesiva «objetivación» es responsable de las injusticias y desastres de la historia reciente. Uno de ellos afirma que la conciencia objetiva siempre conduce a una pérdida de «sensibilidad moral», equiparando así la búsqueda del conocimiento científico con el pecado original.

Nada sería más absurdo. El hambre, la guerra, el sexismo, la tortura y la explotación han estado presentes durante toda la historia y la prehistoria, mucho antes de que alguien lanzara la idea de intentar «objetivar» los acontecimientos humanos.

Algunas personas, desilusionadas con los efectos secundarios de la tecnología avanzada, piensan que la ciencia es «el estilo de vida dominante en nuestra sociedad». Puede que esta afirmación valga para nuestros conocimientos de la naturaleza, pero se equivoca totalmente respecto a nuestros conocimientos de la cultura. Por lo que se refiere a los estilos de vida, el conocimiento no puede ser el pecado original, puesto que todavía permanecemos en un estado original de ignorancia.

Pero permitidme posponer la discusión más extensa de las pretensiones de la contracultura hasta el último capítulo. Permitidme mostrar primero cómo se puede dar una explicación científica de importantes enigmas sobre los estilos de vida. Poco ganaremos argumentando respecto a teorías que no están fundadas en hechos y contextos específicos. Sólo pido un favor: tened presente

que, al igual que cualquier científico, espero presentar soluciones probables y razonables, no certeras. Sin embargo, por imperfectas que puedan ser, las soluciones probables deben tener prioridad sobre esa inexistencia de soluciones que vemos en el mito de los indios digger de Benedict. Como cualquier científico, acojo con satisfacción las explicaciones alternativas, siempre que cumplan mejor los requisitos de la demostración científica y en la medida que expliquen tanto. Pero empecemos con los enigmas.

# La madre vaca

Siempre que se discute acerca de la influencia de los factores prácticos y mundanos en los estilos de vida, estoy seguro de que alguien dirá: «¿Pero, qué opina de todas esas vacas que los campesinos hambrientos de la India rehúsan comer?». La imagen de un agricultor harapien-to que se muere de hambre junto a una gran vaca gorda transmite un tranquilizador sentido de misterio a los observadores occidentales. En innumerables alusiones eruditas y populares, confirma nuestra convicción más profunda sobre cómo debe actuar la gente con una mentalidad oriental inescrutable. Es alentador saber –algo así como «siempre habrá una Inglaterra»– que en la India los valores espirituales son más apreciados que la vida misma. Y al mismo tiempo nos produce tristeza. ¿Cómo podemos esperar comprender alguna vez a gente tan diferente de nosotros mismos? La idea de que pudiera haber una explicación práctica del amor hindú a las vacas re-

sulta más desconcertante para los occidentales que para los propios hindúes. La vaca sagrada –¿de qué otra manera puedo expresarlo?– es una de nuestras vacas sagradas favoritas.

Los hindúes veneran a las vacas porque son el símbolo de todo lo que está vivo. Al igual que María es para los cristianos la madre de Dios, la vaca es para los hindúes la madre de la vida. Así, no hay mayor sacrilegio para un hindú que matar una vaca. Ni siquiera el homicidio tiene ese significado simbólico de profanación indecible que evoca el sacrificio de las vacas.

Según muchos expertos, el culto a las vacas es la causa número uno de la pobreza y el hambre en la India. Algunos agrónomos formados en Occidente dicen que el tabú contra el sacrificio de las vacas permite que vivan cien millones de animales «inútiles». Afirman que este culto merma la eficiencia de la agricultura, porque estos animales inútiles no aportan ni leche ni carne, a la vez que compiten por las tierras cultivadas y los artículos alimenticios con animales útiles y seres humanos hambrientos. Un estudio patrocinado por la Fundación Ford concluía que se podía estimar que posiblemente sobraba la mitad del ganado vacuno en relación con el aprovisionamiento de alimentos. Y un economista de la Universidad de Pensilvania declaraba en 1971 que la India tenía 30 millones de vacas improductivas.

Parece que sobran una gran cantidad de animales inútiles y antieconómicos, y que esta situación es una consecuencia directa de las irracionales doctrinas hindúes. Los turistas en su recorrido por Delhi, Calcuta, Madrás, Bombay y otras ciudades de la India se asombran de las

libertades de que goza el ganado vacuno extraviado. Los animales deambulan por las calles, comen fuera de los establos en el mercado, irrumpen en los jardines públicos, defecan en las aceras y provocan atascos de tráfico si se detienen a rumiar en medio de cruces concurridos. En el campo, el ganado vacuno se congrega en los arcones de cualquier carretera y pasa la mayor parte de su tiempo deambulando despacio a lo largo de las vías del ferrocarril.

El amor a las vacas afecta a la vida de muchas maneras. Los funcionarios del gobierno mantienen asilos para vacas en los que los propietarios pueden alojar a sus animales decréditos sin gasto alguno. En Madrás, la policía reúne el ganado extraviado que está enfermo y lo cuida hasta que recupera la salud, permitiéndole pastar en pequeños campos adyacentes a la estación de ferrocarril. Los agricultores consideran a sus vacas como miembros de la familia, las adornan con guirnaldas y borlas, rezan por ellas cuando se ponen enfermas y llaman a sus vecinos y a un sacerdote para celebrar el nacimiento de un nuevo becerro. En toda la India los hindúes cuelgan en sus paredes calendarios que representan a mujeres jóvenes, hermosas y enojadas, que tienen cuerpos de grandes vacas blancas y gordas. La leche mana de las ubres de estas diosas, mitad mujeres, mitad cebúes.

Empezando por sus hermosos rostros humanos, estas vacas de calendario tienen poca semejanza con la típica vaca que vemos en realidad. Durante la mayor parte del año, sus huesos son su rasgo más acusado, y lo cierto es que muy poca leche mana de sus ubres; estos flacos animales apenas logran amamantar un solo becerro hasta la

madurez. La producción media de leche sin desnatar de la típica raza gibosa de vaca cebú en la India no sobrepasa los 227 kilos al año. Las vacas lecheras ordinarias americanas producen más de 2.267 kilos, y no es raro que las campeonas produzcan más de 9.000. Pero esta comparación no esclarece toda la situación. En cualquier año, cerca de la mitad de las vacas cebú de la India no dan nada de leche, ni siquiera una gota.

Para agravar la cuestión, el amor a las vacas no estimula el amor al hombre. Puesto que los musulmanes desprecian la carne de cerdo pero comen la carne de vaca, muchos hindúes les consideran asesinos de vacas. Antes de la división del subcontinente indio entre la India y el Pakistán, estallaban anualmente disturbios sangrientos entre las dos comunidades para impedir que los musulmanes mataran vacas. Recuerdos de disturbios provocados por vacas (como por ejemplo el de Bihar en 1917, en el que murieron 30 personas y fueron saqueadas 170 aldeas musulmanas hasta la última jamba de la puerta) continúan envenenando las relaciones entre la India y el Pakistán.

Aunque deploró los disturbios, Mohandas K. Gandhi era un defensor ardiente del amor a las vacas y deseaba que se prohibiera su sacrificio. Cuando se redactó la Constitución india, ésta incluía un código de los derechos de las vacas tan ridículo que poco le faltó para prohibir cualquier modalidad de matarlas. Desde entonces, algunos estados han prohibido totalmente su sacrificio, pero otros todavía admiten excepciones. La cuestión de las vacas sigue siendo causa importante de disturbios y desórdenes no sólo entre los hindúes y las

restantes comunidades musulmanas, sino también entre el Partido del Congreso en el poder y las facciones hindúes extremistas, defensores de las vacas. El 7 de noviembre de 1966, una muchedumbre de 120.000 personas, encabezada por un grupo de santones desnudos que cantaban adornados con guirnaldas de caléndulas y se habían untado con ceniza blanca de boñiga de vaca, hizo una manifestación contra el sacrificio de vacas ante la sede del Parlamento indio. Murieron 8 personas y 48 resultaron heridas durante los disturbios que se produjeron a continuación. A estos acontecimientos siguió en todo el país una ola de ayunos entre los santones, encabezados por Muni Shustril Kumar, presidente del Comité Interpartidista para la Campaña de Protección de las Vacas.

El amor a las vacas parece absurdo, incluso suicida, a los observadores occidentales familiarizados con las modernas técnicas industriales de la agricultura y la ganadería. El experto en eficiencia anhela coger a todos estos animales inútiles y darles un destino adecuado. Sin embargo, descubrimos ciertas incoherencias en la condena del amor a las vacas. Cuando empecé a pensar si podría existir una explicación práctica para la vaca sagrada, me encontré con un curioso informe del gobierno. Decía que la India tenía demasiadas vacas, pero muy pocos bueyes. Con tantas vacas en derredor ¿cómo podía haber escasez de bueyes? Los bueyes y el macho del búfalo de agua son la fuente principal de tracción para arar los campos en la India. Por cada granja de diez acres o menos, se considera adecuado un par de bueyes o de búfalos de agua. Un poco de aritmética muestra que, en lo

que atañe a la arada, hay en realidad escasez más que exceso de animales. La India tiene 60 millones de granjas, pero sólo 80 millones de animales de tracción. Si cada granja tuviera su cupo de dos bueyes o dos búfalos de agua, debería haber 120 millones de animales de tracción, es decir, 40 millones más de los que realmente hay.

Puede que este déficit no sea tan grave, puesto que algunos agricultores alquilan o piden prestados bueyes a sus vecinos. Pero compartir animales de tiro resulta a menudo poco práctico. La tarea de arar debe coordinarse con las lluvias monzónicas, y cuando ya se ha arado una granja, tal vez haya pasado el momento óptimo para arar otra. Además, una vez finalizada la arada, el agricultor necesita todavía su propio par de bueyes para tirar de su carreta, que es la base principal del transporte de bultos en toda la India rural. Es muy posible que la propiedad privada de granjas, ganado vacuno, arados y carretas de bueyes reduzca la eficiencia de la agricultura india, pero pronto me percaté de que esto no era provocado por el amor a las vacas.

El déficit de animales de tiro constituye una amenaza terrible que se cierne sobre la mayor parte de las familias campesinas de la India. Cuando un buey cae enfermo, el campesino pobre se halla en peligro de perder su granja. Si no posee ningún sustituto, tendrá que pedir prestado dinero con unos intereses usurarios. Millones de familias rurales han perdido de hecho la totalidad o parte de sus bienes y se han convertido en aparceros o jornaleros como consecuencia de estas deudas. Todos los años cientos de miles de agricultores desvalidos acaban emigran-

do a las ciudades, que ya rebosan de personas sin empleo y sin hogar.

El agricultor indio que no puede reemplazar su buey enfermo o muerto se encuentra poco más o menos en la misma situación que un agricultor americano que no pueda sustituir ni reparar su tractor averiado. Pero hay una diferencia importante: los tractores se fabrican en factorías, pero los bueyes nacen de las vacas. Un agricultor que posee una vaca posee una factoría para producir bueyes. Con o sin amor a las vacas, ésta es una buena razón para tener poco interés en vender su vaca al matadero. También empezamos a vislumbrar por qué los agricultores indios podrían estar dispuestos a tolerar vacas que sólo producen 227 kilos de leche al año. Si la principal función económica de la vaca cebú es criar animales de tracción, entonces no hay ninguna razón para compararla con los especializados animales americanos cuya función primordial es producir leche. Sin embargo, la leche que producen las vacas cebú cumple un cometido importante en la satisfacción de las necesidades nutritivas de muchas familias pobres. Incluso pequeñas cantidades de productos lácteos pueden mejorar la salud de personas que se ven obligadas a subsistir al borde de la inanición.

Cuando los agricultores indios quieren un animal principalmente para obtener leche recurren a la hembra del búfalo de agua, que tiene períodos de secreción de leche más largos y una producción de grasa de mantequilla mayor que la del ganado cebú. El búfalo de agua es también un animal superior para arar en arrozales anegados. Pero los bueyes tienen más variedad de usos y los agri-